

**Fernando Larraz y Javier Sánchez Zapatero (eds.). *Los restos del naufragio. Relatos del exilio republicano español*. Madrid: Salto de Página, 2016. ISBN:9788416148455. 373 páginas.**

Centros de Internamiento de Extranjeros, campos de refugiados, acuerdos entre países para la devolución de solicitantes de asilo a los lugares de donde huyen, migrantes económicos en busca de la oportunidad de un empleo... El exilio, más allá de que la palabra no resulte igual de pertinente para todos los casos, no ha perdido vigencia últimamente.

Varios textos publicados en 2016 se ocupan de estos exilios contemporáneos: los reportajes de *Cruzando el mar. El éxodo a Europa* (Capitán Swing), de Wolfgang Bauer; los testimonios escogidos en *Volveremos. Memoria oral de los que se fueron durante la crisis* (Libros del K.O.), de Noemí López Trujillo y Estefanía S. Vasconcellos; o el poemario *Una paz europea* (Pre-textos), de Fruela Fernández son muestra de ello. Resulta oportuno vincular a este conjunto de lecturas la antología de relatos del exilio republicano español *Los restos del naufragio* (también publicada en 2016) a cargo de los profesores Fernando Larraz y Javier Sánchez Zapatero, en lugar de caer en la tentación de relegarla a una lectura arqueológica, desactivada de nuestro presente.

La antología consta de diecisiete relatos agrupados en tres bloques: aquellos que se valen de recuerdos de la propia guerra, cuando todavía su final no estaba resuelto («Memoria de España y de una guerra», con textos de José Ramón Arana, Paulino Masip, Juan Chabás, César M. Arconada, Segundo Serrano Poncela y María Teresa León); los que trabajan con materiales de los países de acogida y con el extrañamiento que les produce el nuevo entorno («Por los caminos del exilio», con textos de Simón Otaola, Esteban Salazar Chapela, Pablo de la Fuente, José Herrera Petere, Martín de Ugalde, Clemente Airó y Ramón J. Sender); y aquellos que dan cuenta de las dificultades del regreso al país en la clandestinidad o al trauma producido por la «contranostalgia» y el proceso de «desexilio» de los que hablaba Mario Benedetti –«Que los amigos, o los hermanos, o los miembros de una pareja, al reencontrarse, sepan de antemano que no son ni podrían ser los mismos»– («La vuelta imposible», con textos de Jesús Izcaray, Manuel Andújar, Francisco Ayala y Max Aub). Violenta, una vez más, la escasa presencia de escritoras en el corpus: exclusivamente un texto de María Teresa León, si bien es cierto que se citan las magníficas obras de Rosa Chacel y Luisa Carnés (cuya novela *Tea Rooms. Mujeres obreras* acaba de ser recuperada para los lectores por la editorial Hoja de Lata).

Además, la edición se completa con un prólogo de los profesores Larraz y Sánchez Zapatero y con las respectivas notas biobibliográficas de los diecisiete autores antologados. Estas, así compiladas y por corresponder a autores en algunos casos forzosamente suprimidos de la historia de la literatura española del siglo XX, no constituyen un mero material paratextual, sino una contribución historiográfica de interés por sí sola.

A este silencio crítico hacia algunos de estos autores se refieren los responsables de la edición en el prólogo. Explican cómo, salvo contadas excepciones, la crítica durante la dictadura identificó la narrativa española exclusivamente con la escrita y publicada dentro de las fronteras del Estado, condenando a los textos de autores exiliados a una suerte de periferia para eruditos. Larraz y Sánchez Zapatero también denuncian el mantenimiento de este criterio acallador en la crítica contemporánea «por la pereza de muchos investigadores y por la tendencia a repetir lugares comunes que quedan fosilizados». Constatan que entre la España peregrina y la España cautiva que acuñaba Francisco Ayala en un artículo de 1949, la primera perdió la guerra y también los manuales de literatura, por parafrasear aquí (y cuestionar, al menos en lo que se refiere a los escritores exiliados) la conocida frase de Andrés Trapiello en la que opone otras dos Españas (tres, en realidad, según el prólogo a la segunda edición de *Las armas y las letras*). Sobre esta privación del reconocimiento literario a causa del exilio trata el relato «El remate», de Max Aub (dedicado a otro ilustre exiliado, Jorge Guillén, quien pasó por Estados Unidos, Canadá, Italia o Puerto Rico), que cierra el volumen. Cabe recordar que las trayectorias literarias de los autores seleccionados son desiguales, siendo la circunstancia del exilio el criterio determinante para relacionarlos y que, en el caso de Aub, como en el de César M. Arconada, Ramón J. Sender o María Teresa León, se dio con una producción literaria anterior a su salida de España. Como señalan Larraz y Sánchez Zapatero en el prólogo, este tipo de proyectos literarios truncados por la guerra sirven muy bien para ponderar el impacto del exilio en la propia obra y en los cambios de intereses de los autores.

Los responsables de la edición se cuidan de considerar el destierro republicano español como algo inédito en la historia de la literatura. No obstante, señalan sus particularidades: fue masivo, disperso geográficamente, se produjo –salvo excepciones– en un período breve de tiempo y, sin embargo, se dilató durante décadas. Más allá de su origen biográfico, habría dificultades para poner en común numerosos rasgos literarios entre los textos de la llamada literatura del exilio, siendo precisamente la diversidad de ecosistemas (literarios y no literarios) en los que se vieron forzados a intervenir como escritores lo que les dota de interés y

los inmunizó de las inercias y homogeneidad de los grupos y el mercado editorial de la España cautiva. Esta heterogeneidad de apuestas y estilos se ve representada también por los relatos seleccionados en *Los restos del naufragio* (el título del libro, por cierto, procede del relato «Gentes al margen», de Pablo de la Fuente: «Como político, ¿qué hacer con una emigración dispersa, agitada por corrientes de egoísmo; con los restos de un naufragio que se disputan el terreno firme a que han sido arrojados?»).

Por esa razón y porque nada hay peor para reseñar una colección de cuentos que una suma de resúmenes de sus tramas, aquí exclusivamente me limitaré a ilustrar esa diversidad con unas breves referencias. Tanto en «El alfar», de Paulino Masip, como en «Juan de la tierra», de Juan Chabás, la guerra no aparece sino como conclusión de la narración. En este último texto, además, destaca la conciencia de clase de los personajes («Las caricias malcrían. Y los hijos de los pobres tienen que ser fuertes»). En «Aventuras de tres pilluelos», César M. Arconada introduce la infancia en la guerra y viceversa, haciendo protagonistas a los niños y niñas, mediante el juego, de heroicidades como la defensa de Madrid, pero también retratándolos como víctimas de la orfandad y la escasez de alimentos. En «Cirios rojos», de Segundo Serrano Poncela se establece una dialéctica entre un fugitivo y una religiosa a través de la alegoría sexual explícita en los propios objetos de culto religioso. «¡Esa mala hierba, el escepticismo!» de Simón Otaola, sobre Don Prudencio Romeral, pintor exiliado en México, plantea la desesperanza en torno al regreso como una muerte prematura para el exiliado. En «La luz en la ventana», Jesús Izcaray retrata las angustias y precauciones de un militante comunista de regreso en la clandestinidad. También su incertidumbre sobre el porvenir y una especie de optimismo de la voluntad: «“Ya los verás cuando puedas hacerlo sin... ¡Ya los verás, hombre, ya los verás!... Y si no los ves... Si antes...” Se rebeló contra ese pensamiento sacudiéndolo con un brusco ademán. (...) Iba por la calle arriba, ligero y leve, como si le llevase en volandas aquella fuerza que le empujaba». «El regreso», de Francisco Ayala, es el relato más extenso del conjunto. Está estructurado en diez capítulos concluidos con gran ritmo, lo que dota al relato de un tiempo acelerado que casa bien con las pesquisas en las que el narrador va progresando casi de manera policiaca. A su vez, ofrece todo un anecdotario del regreso: los perennes saludos de los vecinos, como si nada hubiera ocurrido; la expectativa de los reencuentros; las comparaciones del exiliado entre el café que se toma en Madrid y el que se toma en Buenos Aires (sale ganando éste: he aquí la «contranostalgia» de Benedetti); los ajustes de cuentas y la delación, en ocasiones motivada por asuntos íntimos... Y finalmente, casi dando nombre a ese

tercer y último bloque de relatos, el regreso imposible: la necesidad de volver definitivamente, esta vez a Buenos Aires.

Dice el escritor Carlos Pardo que «España es el producto de sucesivos borrados de memoria». *Los restos del naufragio* contribuye a recuperar una pequeña parte de esa tradición suprimida de la historia de la literatura española contemporánea.

Fernando Larraz es profesor de Literatura Española en la Universidad de Alcalá y ha dedicado buena parte de su labor investigadora al estudio de la cultura del exilio republicano de 1939 y la literatura española durante el franquismo. Es autor de los libros *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista* (2009); *Una historia transatlántica del libro. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)* (2010); *Max Aub y la historia literaria* (2014) y *Letricidio español. Novela y censura durante el franquismo* (2014). Javier Sánchez Zapatero es profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Salamanca y ha dedicado parte de su actividad investigadora a la literatura del exilio republicano español. Es autor de los libros *Escribir el horror. Literatura y campos de concentración* (2010) y *Max Aub y la escritura de la memoria* (2014) y responsable de la edición del testimonio del brigadista británico Keith Scott Watson *Rumbo hacia una España en guerra* (2014). Ambos profesores son miembros del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL-CEFID).

David Manjón